

La vida singular de Albert Nobbs

Cuando íbamos a Dublín en los años 1860, Alec, siempre parábamos en el Morrison's, un amplio hotel familiar en la esquina de la calle Dawson muy frecuentado por la burguesía de toda Irlanda, y menudas que eran las facturas allí: mi padre pagaba las suyas cada seis meses, cuando podía, lo que no ocurría muy a menudo, porque con los establos de los caballos de carreras y las elecciones que se sucedían una tras otra, Moore Hall no nadaba precisamente en la abundancia. Ahora que pienso en ello, puedo recordar el Morrison's casi tan bien como Moore

Hall: la puerta delantera daba a un pasillo corto con media docena de escalones que subían y te llevaban hasta dentro de la casa. Una entrada oscura, con las puertas de cristal del bar que asomaban a través de la oscuridad, y, delante del cliente, la majestuosa escalera que ascendía hasta el segundo rellano. No creo que la imponente escalera siguiera subiendo; me parece verla caracoleando un poco hacia el final, y seguro que no me equivoco; siempre me machacaban con que no debía subirme a los pasamanos, lo que estaba deseando hacer, pero me daba miedo separarme de ellos y bajar por allí hasta perderme en la oscuridad de la planta baja. Creo que puedo ver el largo pasillo que, desde el final de las escaleras, te adentraba hasta el interior de la casa, y que no me atrevía a seguir por miedo a perderme. Creo que había una escalerita al final y yo solía preguntarme adónde llevaría. El hotel Morrison's era un edificio muy grande, con pasillos que

iban de acá para allá y con pequeños tramos de escalera de todo tipo en las esquinas más insospechadas. Lo mismo había en el segundo piso que en el tercero... Pero no teníamos que pensar en lo que quedaba por encima de la segunda planta, porque siempre estábamos en la segunda, en una amplia sala de estar desde la que se vislumbraba College Green. Recuerdo las dos ventanas, sus visillos de encaje y sus cortinas de *reps* mejor que los pasillos, y aún mejor que de las ventanas me acuerdo de mí mismo mirando a través del cristal, absorto en los carros de carbón que pasaban; de la campana colgada en el cuello del caballo tintineando calle abajo; del propio carbonero sentado con las piernas colgando por encima de las varas, conduciendo en el lado que no debía y mirando hacia arriba a las ventanas a la caza de algún pedido. De estos carros de carbón tiraban buenos caballos que apretaban el paso igual de bien que los de nuestro carro. Te

estoy contando estas cosas por el placer de recordarlas, nada más. Puedo ver la sala de estar y a mí mismo con la misma claridad que veo las montañas que hay más allá, y hasta mejor que eso; y puedo ver al camarero que solía atendernos, aunque no tan bien como te veo a ti, Alec, pero a él lo conozco más, no sé si me entiendes; y aún hoy recuerdo los tremendos sustos que me daba cuando se me acercaba por la espalda y me sacaba de mi ensoñación sobre la vida del carbonero; he olvidado lo que me decía, pero su voz de pito retumba aún en mis oídos. Siempre parecía estar riéndose de mí, enseñando sus dientes largos y amarillos, y yo tenía miedo a abrir la puerta de la sala de estar porque estaba seguro de que lo encontraría allí esperando en el rellano, con su servilleta echada en el hombro derecho. Creo que tenía miedo de que me cogiera y me besara. Como toda mi historia gira en torno a él, quizá debería describirlo de forma

más completa, y para hacerlo te diré que era un tipo alto y flaco con anchas y sobresalientes caderas, y un cuello alargado y fino. Su cuello me asustaba tanto como el resto de su cuerpo, a no ser que fuera su nariz, que era muy grandota, o que sus ojos melancólicos, que eran azul claro y muy pequeños, y que tenía hundidos muy adentro en la cabeza. Era mayor, pero no puedo decir cuánto, porque a los niños todo el mundo les parece mayor excepto los niños. Era el ser más feo que el que hubiera podido ver nunca en un libro de hadas, y yo suplicaba que no me dejaran solo en la sala de estar; y estoy seguro de que a menudo le pedía a mi padre y a mi madre que escogieran otras habitaciones, lo que nunca hacían, porque a ellos les caía bien Albert Nobbs; a los huéspedes les gustaba él y a la propietaria le caía bien, cosa que se entendía perfectamente, pues era el empleado más de fiar del hotel: nada de ir a las tabernas ni volver oliendo a whisky o

a tabaco, o llevar una pipa hedionda en el bolsillo ni tontear en absoluto con las criadas. Nadie comentó nunca haber visto a Albert saliendo con una de ellas. Era como un duende extraño, con el que no les hubiera gustado que las vieses, pero al mismo tiempo les parecía divertido que nunca le hubiera propuesto salir a ninguna de ellas. El portero decía que costaba entender que un hombre viviese sin permitirse placeres fuera del trabajo. Nunca pedía vacaciones, y cuando la señora Baker le insistía para que fuese a tomar unos baños de mar durante una semana, él intentaba inventarse una excusa para no marchar, preguntando si no era cierto que los Blake, los Joyce o los Rutledge iban a venir a la ciudad, y añadiendo que no le gustaría estar fuera, porque ellos estaban acostumbrados a él y él a ellos. Su vida era extraña y misteriosa, aunque siempre estuviera a la vista de ellos salvo las horas en que dormía, que por cierto no eran mu-

chas, porque no era de mucho dormir. Desde que se levantaba por la mañana hasta que se acostaba por la noche lo veían subiendo y bajando las escaleras con la servilleta sobre el brazo y recibiendo órdenes con una sonrisa, como si una orden fuera igual de agradable que una propina de media corona; siempre estaba de buen humor y compensaba su falta de interés en la gente con su voluntad de agradar. Nadie lo había oído nunca protestar por hacer algo que le pidieran o siquiera poner una excusa para no hacerlo. De hecho, su voluntad de agradar era tan conocida en el hotel, que a la señora Baker (la propietaria del hotel Morrison's en esa época) le costó creer lo que decía cuando empezó a farfollar excusas para no tener que compartir cama con Hubert Page, y esto después de que ella le hubiera dicho que su cama era la única opción que le quedaba a Page de poder dormir esa noche. Todos los demás camareros estaban casados

y se iban a casa con sus mujeres. Ya sabes, Alec, era la semana de Punchestown¹ y las camas escasean tanto en Dublín esos días como los diamantes en las laderas de Croagh Patrick. Pero todavía no nos has dicho quién era Page, me interrumpió Alec, creo que en tono de reproche. Iba a decirlo ahora mismo, le contesté: Hubert Page era un pintor de brocha gorda muy conocido y apreciado por la señora Baker. Venía todos los años y siempre era bienvenido en el hotel Morrison's, y tan refinados eran sus modales que uno olvidaba el olor a pintura que desprendía. Casi no es exagerado decir que cuando Hubert Page terminaba su labor, todo el mundo en el hotel, hombres y mujeres por igual, echaban de menos la entrañable estampa de este joven yendo de acá para allá en su traje de holanda, con la larga chaqueta de grandes botones de hueso muy poco ceñida al cuerpo, de acá para allá para

1. Famoso evento de carreras de caballos.

hacer su trabajo, arriba y abajo por los pasillos, con una especie de andares ociosos y desgarbados que atraían y agradaban al que lo viera: era un joven al que aparentemente preferirían la mayoría de los hombres si tuvieran que elegir a alguien para compartir cama; aun así, al parecer era el único con quien Albert Nobbs no quería dormir, un desprecio que la señora Baker no alcanzaba a comprender mientras permanecía de pie mirando fijamente a su camarero, confuso y avergonzado, que todavía estaba buscando excusas para justificar su rechazo a compartir cama con Hubert Page. Supongo que entiendes perfectamente, dijo ella, que Page se marcha a Belfast en el tren de la mañana y que ha venido a pedirnos una cama porque no queda ninguna libre en el hotel en el que está trabajando. Albert contestó que lo entendía perfectamente, pero que creía que... Y empezó otra vez a atrancarse con las palabras. ¿Qué quieres decir ahora?,

preguntó la señora Baker de forma bastante brusca. Mi cama está llena de bultos, contestó Albert. ¡Tu colchón lleno de bultos!, saltó la propietaria, vaya, si tu colchón lo rellenaron, lo cosieron hace seis meses y lo trajeron tan bien como los demás colchones del hotel, ¿qué historia me estás contando? Es así, señora, es así, mascullaba Albert, y eso fue poco antes de que se sacara otra excusa más: que tenía el sueño muy ligero y nunca había dormido con nadie y estaba seguro de que no pegaría ojo; no es que esto le importara mucho, pero su insomnio podría mantener despierto al señor Page. Creo, señora Baker, que el señor Page dormiría mejor en uno de los sofás del bar que en mi cama. ¿Que dormiría mejor en un sofá del bar?, repitió la señora Baker, enfadada. No te entiendo lo más mínimo, y se quedó mirando de hito en hito a los dos hombres, que eran tan diferentes. Pero señora, no voy a incomodar al señor Nobbs con

mi compañía, dijo el pintor. Esta noche hace bueno, me mantendré caliente con un buen paseo, y el tren sale temprano. No hará nada de eso, Page, contestó ella, y viendo que la señora Baker estaba ahora muy enfadada, Albert pensó que era el momento de ceder y, sin armar más jaleo, los tranquilizó diciendo que se alegraría de que el señor Page durmiera en su cama. Eso mismo digo yo, sí señor, terció la señora Baker. Pero tengo el sueño ligero, insistió Albert. Ya hemos hablado de eso, Albert. Si el señor Page está dispuesto a compartir mi cama, prosiguió Albert, yo estaré encantado. Si el señor Nobbs no desea mi compañía, yo podría... No diga una palabra más, susurró Albert, pues sólo va a conseguir ponerla en mi contra. Suba las escaleras ahora mismo. No habrá ningún problema. Suba conmigo.

Buenas noches, señora, y espero... No habrá ningún problema, Page, contestó la señora

Baker. Por aquí, señor Page, exclamó Albert, y, en cuanto estuvieron en la habitación, Albert dijo: Espero que no se tome a mal nada de lo que he dicho, no es en absoluto como ha dicho la señora Baker. Me alegro de su compañía, pero ya ve usted, como nunca he dormido con nadie, puede que pase toda la noche dando vueltas en la cama y que lo mantenga a usted despierto. Bueno, si va a ser así, contestó Page, también puedo echar una cabezada en el sillón hasta que sea hora de irme y no molestarlo en absoluto. Usted no me molestará, pero puede que yo lo moleste a usted. Ya hemos hablado bastante, debemos acostarnos juntos nos guste o no, porque si la señora Baker oye que no hemos estado juntos en la misma cama, todas las culpas recaerían sobre mí. Me echarían del hotel sin contemplaciones. Pero ¿cómo va a enterarse?, exclamó Page. Ya lo hemos arreglado, así que no le demos más vueltas al asunto.

Albert empezó a desanudarse la corbata blanca diciendo que intentaría estarse quieto, y Page empezó a quitarse la ropa pensando cuánto le alegraría no tener que acostarse junto a Albert. Pero estaba tan agotado que ya no podía pensar más con quién iba a dormir, y sólo en las largas jornadas de doce y trece horas que había tenido, en las caminatas de ir y venir del trabajo. Sólo quería dormir, y Albert lo vio meterse en la cama con la larga camisa que llevaba debajo de la ropa, y tumbarse en el lado de la pared. Sería mejor que él durmiese en el otro lado, se dijo Albert, pero no quería hablar, no fuera a ser que Page saliese de la cama en un raptó de mal humor; pero Page, como he dicho, estaba demasiado cansado como para pensar en qué lado de la cama iba a dormir. Un momento después estaba dormido, y Albert se quedó de pie escuchando, con la corbata suelta colgando, hasta que la pesada respiración que provenía de la cama dejó

claro que Page estaba dormido como un tronco. Para asegurarse, se acercó a la cama furtivamente y, mirando a Page, se dijo: pobre chico, me alegro de que esté en mi cama porque así dormirá bien y él lo necesita, y pensando que las cosas habían ido mejor de lo esperado, empezó a desvestirse.

Debió de dormirse enseguida y profundamente, porque se despertó sin saber dónde estaba. Una pulga, murmuró, y bien grandota. Será del pintor de paredes que está a mi lado. Las pulgas abandonarían a cualquiera para venir hasta mí, y, girándose en la cama, recordó la expresión consternada que tenían las criadas el día anterior al decirles él que a ningún hombre le gustaría la piel de ellas tanto como a una pulga le volvía loca la suya, lo que era tan cierto que no podía entender cómo esa misma pulga había

tardado tanto en descubrirlo. Las pulgas han de tener tanta debilidad por él, se dijo, como por mí. Ahí está otra vez ésta, intentando recuperar el tiempo perdido, y Albert sacó la pierna. Me temo que lo he despertado, se dijo Albert, pero Hubert sólo se dio la vuelta en la cama para dormir más profundamente. Gracias a Dios que está tan cansado, se dijo Albert, porque si no estuviera muy cansado ese último salto que di lo habría despertado.

Un momento después, otra pulga, o la misma, no podía saberlo, volvió a picar a Albert; pensó que debía de ser otra porque el picotazo fue muy fuerte y le costó mucho no rascarse con las uñas. Si me rasco será peor, se dijo, e intentó quedarse quieto. Pero el dolor era demasiado intenso. Tengo que levantarme, se dijo, y al ponerse de pie sigilosamente, aguzó el oído. El ruido de una cerilla al encenderse no lo despertará y, recordando dónde había puesto la caja

de cerillas, acercó la mano a ella de inmediato. Con la cerilla encendida prendió la vela y se quedó un momento vigilando a su compañero de cama: estoy a salvo, se dijo, y se dispuso a atrapar a la pulga. Está en el faldón de mi camisa y casi no puede moverse con toda la sangre que me ha chupado. Ahora voy a por el jabón, y cuando estaba a punto de frotarlo sobre el insecto lleno de sangre, el pintor se despertó con un gran bostezo y, dándose la vuelta, exclamó: ¡Dios mío! ¿Qué es esto? ¡Caramba, pero si eres una mujer! Si Albert hubiera tenido la presencia de ánimo de dejar caer su camisa sobre sus hombros y contestar: Está soñando, amigo mío, puede que Page se hubiera girado y se hubiese dormido, y por la mañana lo habría olvidado todo, o habría pensado que había estado soñando. Pero Albert no dijo ni una palabra. Al final empezó a lloriquear: No se chivará y arruinará a un pobre hombre, ¿verdad, señor Page? Es todo

lo que le pido y se lo suplico de rodillas. Levántate, buena mujer, dijo Hubert. ¡Buena mujer!, repitió Albert, pues había estado tanto tiempo haciéndose pasar por un hombre que sólo recordaba muy de vez en cuando que era una mujer. Buena mujer, repitió él, levántate y dime cuánto tiempo has estado fingiendo. Desde niña, contestó Albert. No se chivará e impedirá que una pobre mujer se gane la vida, ¿verdad, señor Page? No temas, no pienso chivarme, pero me gustaría saber cómo empezó todo. ¿Cómo empecé a ganarme la vida de joven? Sí, cuéntame la historia, contestó Hubert, porque aunque tenía mucho sueño, ahora me he desvelado y tengo ganas de oírlo. Pero antes de empezar, cuéntame qué estabas haciendo descamisada. Una pulga, contestó Albert. Lo paso fatal con las pulgas y usted debe de haber traído una consigo, señor Page. Por la mañana estaré llena de rojeces. Lo siento, dijo Hubert, pero dime cuánto tiempo

hace que te convertiste en hombre. Antes de que vinieras a Dublín, claro está, ¿no? Oh, sí, mucho antes. Hace mucho frío, dijo ella y, temblando, se cubrió los hombros con la camisa y se puso los pantalones.